

# De nombres y migrantes

Carlos Iván Degregori

Los nombres de las gentes siempre han despertado mi curiosidad. Antes lo usual era que se transmitieran con variantes menores de generación y que por lo menos el segundo nombre se guiara por el santoral católico. La casi totalidad de nombres, por lo demás, venían del acervo hispano.

En décadas recientes, artistas favoritos o líderes políticos se volvieron epónimos. Cuántas Ginas, Sofías y Marisoles evocan con mayor o menor eficacia reminiscencias del original. Cuánto Víctor Raúl lleva —a veces con incomodidad— el sello indeleble de las inclinaciones políticas de su(s) progenitor(es).

También parecen existir ciertas oleadas generacionales: no sé por qué razones multitud de Patricias, Cecílias y Lilianas deben estar hoy entre los 20 y 30 años.

En los nombres se reflejan también las diferencias de clase. Las capas aristocráticas son las que más han conservado los nombres hispánicos históricos, acompañadas en los últimos tiempos —quién sabe por qué— por profusión de Rodrigos,

Diegos y Gonzalos de extracción intelectual pequeño-burguesa. Los nuevos ricos optaron sin mayor imaginación por copiar los nombres o los diminutivos más comunes del inglés; Johnny o Richard como el rehispanizado candidato pepecista que hoy se hace llamar Ricardo.

Pero a mí entender fue en las poblaciones rurales, especialmente andinas, donde más se sintió el carácter clasista y colonial de los nombres. El sistema de nombres andinos, diferente del hispánico, fue destruido casi inmediatamente después de la Conquista, lo cual revela la importancia que le dieron los conquistadores, posiblemente como apellidos. Pero para el nombre "de pila" las poblaciones se vieron sujetas a la tiranía del santoral católico, o a copiar quizá vía compadrazgo, nombres castellanos que en las ciudades resultaban anticuados.

La discriminación y el racismo en este campo se reflejan hasta hoy en expresiones como "No seas Mamerito" o "No seas Huamán". La opresión colonial se revela con toda brutalidad en el segundo caso, si tenemos en cuenta que Huamán en quechua significa halcón, el águila andina, ave sagrada convertida en insultante sinónimo de tonto o palurdo.

Pero el fin de la opresión feudal y sobre todo las grandes migraciones han producido a este nivel una extraña forma de liberación que ha conducido al caos que existe hoy en la designación de nombres en los sectores populares migrantes.

Está todo allí, como en una nuez, en el registro de mi esposa que es profesora de educación inicial en Naña. Los padres: Antolios, Teófilas, Maximinas, Teodosios y Paulinas, son en su abrumadora mayoría obreros de origen provinciano. De los 50 niños, exactamente la mitad no tienen nada que ver con el antiguo repertorio de nombres serranos... pero tampoco con los criollos. Podría alarmar la "alienación extranjerizante" que expresan los nuevos nombres. Pero ¿por qué tendrían que guardar lealtad

esos migrantes a una lengua que sistemáticamente les fue bloqueada y a una cultura que los oprimió por siglos?

En todo caso, la conciencia del carácter despectivo con que son vistos los nombres tradicionales serranos en las ciudades criollas parece ser muy clara: no se repite ningún nombre de la generación anterior. La mitad optó por ponerle a sus hijos nombres castellanos más neutros: José, Luisa, Ada, Hugo, César, Jaime, Gabriela. Pero la otra mitad simplemente rompió la camisa de fuerza y hoy la imaginación es su único límite.

Entre los niños se encuentran nombres de todo tipo. Desde la mera adopción de nombres que se introdujeron en la clase media vía Corín Tellado: Itala, Pamela, Judith, Giovanna; o nombres que suenan a peluquerías como Gina, Yuli; hasta combinaciones delirantes como Allison Sugey, Eli Wilder, Shesida Janett o Judith Dalsy.

Como puede observarse, para una cultura que hasta la generación anterior ha sido ágrafa, la ortografía importa un comino, lo que cuenta es el sonido. Y así

tenemos a Jhon, Helard, Wilber, Alex Sanders (quizá Alexander) o Kuit Alex (tal vez Kid Alex).

También el fútbol ha dejado su impronta en Gerson o en Sócrates Juniors. Los medios audiovisuales son asimismo fuente de inspiración. Misut Yajayra me parecía un puro juego fonético, pero alguien me informa que puede haber sido el nombre de una gitana de telenovela. Beeri suena a galán hindú y existe también un fabuloso Brus Lee Huanacurucu.

Hay, finalmente, nombres ingenuamente sofisticados como los de los hermanos Darling Manet y Haydn Michel... Preguntada la madre, explicó que Manet porque le gustaba la pintura y un día vio en una revista un cuadro de ese artista. Haydn porque le gustaba la música y en un Almanaque Mundial leyó que Haydn era un músico famoso: ¿Y Darling?, quién sabe. Así como él, que es varón por si acaso, hay también una niña Lady.

Sin normas ni parámetros, una saludable anarquía reina en los nombres de las nuevas generaciones migrantes que llegan a esa retorta que es la nueva Lima, en la cual madura algo aún difícil de avizorar.